



mento de bronce, fué herido de una fiebre que le arrebató.

Su más cruel locura le sobrevivió: esta locura fué, si es auténtica, y Mitridates dudaba de ella, el testamento que dejó: «*Que el pueblo romano sea heredero de mis bienes.*» El pueblo romano aceptó el legado, comprendiendo el reino en los bienes, y Aristónico, hijo natural de Eumenes, protestó con las armas. La legalidad, apoyada por la fuerza, triunfó de la justicia. El reino de Pérgamo estaba hecho para ser esclavo; su circunscripción, aumentada con algunos países vecinos, constituyó la provincia de Asia (130) (1).

La Siria prolongó más tiempo una existencia no menos débil y turbada por las guerras interiores, las sublevaciones del Norte y del Sud, y todos los ataques del exterior. Antioco el Grande, al partir hácia el Oriente, habia dejado el gobierno de Antioquia á su hijo Seleuco, que, en reconocimiento, tomó inmediatamente el sobrenombre de Filopator. Seleuco IV, Filopator, habia sostenido al rey del Ponto contra Eumenes; Roma le hizo envainar la espada y le rechazó al otro lado del Taurus; quiso inmediatamente despues saquear el templo de Jerusalem y perseguir á los judíos de Jonia. El consejero de todas estas tiranías, Heliodoro, que habia sido apaleado en el templo de Sion, le asesinó muy pronto (176), y pretendió ceñir la diadema.

Entre tanto, Eumenes de Pérgamo dió el trono al joven Antioco, que, regresando de Roma, derrocó al usurpador. Los pueblos, en su alegría, llamaron al príncipe seleucida «Dios presente y victorioso,» Epifanes (174). Figurábasele ya con la cabeza coronada y circundada con el radiante símbolo de la apoteosis. Inmediatamente se volvió contra Egipto. Le atacó rápidamente, venció, entró en Ménfis, hizo prisionero á Ptolomeo Filometor, le puso despues en libertad para oponerle á Evergetes II y dividir el reino. Avanzaba sobre Alejandría, cuando

(1) Visconti, *Iconografía griega: Memorias*, por el abate Sevin, sobre los reyes de Pérgamo, t. XII de la Acad. de Inscript., Justino, l. 36; Estrabon, *Geografía*, l. XIII, c. XIV.

encontró en su marcha á un romano. Popilio encerró al vencedor en un círculo trazado con su baston, y le prohibió con insolencia «salir de él ántes de haber dado respuesta al senado y aceptado la paz ó la guerra.» El sirio se resignó á la paz, es decir, á la ignominia (1).

El saqueo de los templos de Siria y de Persia no le dió mejor resultado. Los seleucidas se separaron completamente de las poblaciones, en medio de las cuales vivian; impotentes ya con sus innumerables esclavos, no sabian ni áun unírseles. Ahora se les ocurre cambiar las regiones de sus Estados, ni más ni ménos que en la forma que cambian sus edictos; quieren fundirlo todo en el sistema griego, el más mezquino, el más material y el más embrollado de los sistemas. Al suprimir los cultos veian en esto un gran provecho, apoderándose de sus riquezas; pero no tenian en cuenta que tocaban á cuestiones elevadas, contra las cuales otros hombres más importantes que ellos se estrellarian. Produjo esta medida una gran confusion en Siria, la Media se sublevó y en la Judea se entabló una lucha más interesante.

La Palestina, desde Alejandro, no sabia más que resignarse y sufrir. Hollada por los pasos del conquistador, no diferia de las demas provincias, sino por los privilegios de su ley. Entró en la particion de uno de los lugartenientes macedónicos; despues fué una presa disputada entre la Siria y Egipto. Era necesidad originada por su posicion.

Despues de todo, le era necesario elegir, y la Judea habia tenido siempre más relaciones con Egipto. Sin embargo, cuando Ptolomeo Soter invadió esta provincia, Jerusalem resistió intrépidamente (320); únicamente la santidad del sábado encadenó á sus defensores, y habiendo sido dado el asalto, Ptolomeo condujo 5.000 cautivos al país del Nilo.

Pero áun el destierro no parecia tan duro en esta comarca en donde tantas veces los judíos vencidos habian buscado asilo. Bien pronto la Palestina se vió arrancada sucesivamente

(1) Tito Livio, l. XLI, c. XXIV-XXV; Ateneo, l. V; Apiano, *Guerras siríacas*, § 45-66; *Geografía*, l. XI.



por la Siria y el Egipto, apoderándose en fin de ella Antioco el Grande, y entónces esta comarca empezó á conocer el despotismo sirio; y otros judíos fueron entónces á unirse á los judíos que los Ptolomeos protegian en sus Estados.

Durante este tiempo, el gran sacerdote Simon (292-284) habia insertado en el Cánon sagrado los libros de *Esdras*, de *Nehemias* y *Crónicas*. De este modo aseguraba su autenticidad, y no faltaba ya más que las elevadas enseñanzas de la *Sabiduría* y las gloriosas páginas de los *macabeos* en el cuerpo completo del *Libro* por excelencia.

La version de los *Setenta* extenderá dentro de poco este libro en el mundo profano. La ley, fijada y multiplicada, no corre ya riesgo de ser alterada ni perdida sin fuente. Pueden levantarse sectas; la voz del Espíritu Santo no se hace ya oír por boca de los profetas para mantener una estricta unidad. La interpretacion humana se encamina á falsear la verdad divina. Los fariseos quieren defender la ley por las prácticas, y no piensan más que en el aspecto material de la religion; los saduceos se alejan de las observancias y no tienen en cuenta las doctrinas; los esenios observan en el fondo los eternos principios, pero mezclan en ellos los sentimientos y las opiniones filosóficas del exterior. Entre estas divisiones interiores y esta propagacion exterior de la verdadera tradicion, la dominacion extranjera se introduce en el centro de la nacion hebrea. Ptolomeo Filopator, rechazado del santuario, da la señal de las persecuciones; Antioco el Grande, ayudado por los habitantes, arrojó entónces al egipcio. Pero el yugo de la Siria fué mucho más pesado.

La influencia griega dominaba en Oriente, y desde el principio Seleuco Filopator no perdonó más á los discípulos de Moisés que á los de Zoroastro. Sin embargo, el gran sacerdote Onías, cobardemente denunciado por el que custodiaba el templo, Simon, habia podido defenderse. Pero cuando el seleucida Antioco Epifanes volvió triunfante de su expedicion á Egipto, encontró las puertas de Jerusalem cerradas. El autor de la sublevacion, Jason, fué á morir de miseria á Lacedemonia; Antioco entró por la

fuerza, degolló cuarenta mil judíos, violó el templo, tan envanecido entónces como si hubiese podido hacer la tierra navegable y colocar sobre el mar un camino para marchar. Saliendo del círculo de Popilio, el seleucida se vengó tambien sobre el pueblo de Israel, que conducia cautivo en grandes masas ó entregaba á la cuchilla de los soldados. Se trataba de aplastar el Sinaí bajo el Olimpo; en medio de las abominaciones generales, el templo de Samaria es dedicado á Júpiter Hospitalario, el templo de Jerusalem á Júpiter Olímpico, mientras que es construida sobre una eminencia una ciudadela que subyuga á Sion (1).

Entónces la persecucion recayó cruelmente sobre el pequeño número de fieles, sobre el anciano Eleazar, doctor de la ley, que quiso ser digno de su vejez y dejar á los jóvenes un ejemplo de firmeza sobre la mujer que llena de sabiduría unió un ánimo varonil á la ternura de una madre, sobre sus siete hijos, que sufrieron todos con la misma constancia. Pero el más jóven habia dicho: «La cólera del Omnipotente, que ha pesado juntamente sobre todo el pueblo, acabará á mi muerte y á la de mis hermanos.» El sacerdote Matatías habia salido con sus hijos de Jerusalem manchada. Deploando la miseria de Sion, viendo esclava á la que era libre y todo lo que ella tenia de bello y deslumbrador desolado y profanado, exclamó: ¿Por qué vivimos, pues, todavía? Vivía para devolverla la libertad. (2).

Se preparó por el duelo á la guerra; despues, en Modin, rechazando las proposiciones de Antioco, hirió á un judío que sacrificaba sobre el altar idólatra, y dió la señal.

Mil hombres se habian dejado sacrificar sin resistencia por no pelear el dia del sábado; Matatías, que se defiende, reúne á los asideos, los más valientes de Israel, y todos los que hasta entónces se contentaban con huir. Habia comenzado la obra por excursiones de noche y por los templos impuros. Al morir (166), dió á los suyos su hijo primogénito Simon por padre y por consejero, y les dió por general á Júdas,

(1) Josefo, *Historia de los judíos*, l. II; *Macabeos*, l. I y II.

(2) *Macabeos*, l. I.



llamado el Macabeo, que revestido con la coraza como un gigante, se cubría con sus armas en el combate: su espada era la protección de todo el campamento (1).

Era entonces un tiempo de castigo y de ruina, de indignación y de cólera. Este león hacia huir á los enemigos por sólo el terror de su nombre. Apolonio, al salir de Samaria, perdió la vida y su espada, que Júdas llevó en adelante. Otro sirio supo también que la victoria no depende del poder de las armas, sino del cielo, que es de donde procede la fuerza. Antioco tenía necesidad de dinero; mientras que ambicionaba los tesoros de la Persia envió contra los judíos á Lisias, Ptolomeo, Nicanor, Gorgias; pero los judíos peleaban por su vida y por su ley (2). Tres mil hombres escogidos, como los guerreros de Gedeon, abandonando las montañas en donde Gorgias les buscaba cayeron una mañana cerca de Emmaus, sobre el campamento de los extranjeros, que les habían ya puesto en venta en sus amenazantes edictos. El ruido de las trompetas y el humo de las tiendas incendiadas dispersaron otro cuerpo; en fin, los reveses de Timoteo y de Baquides y la derrota de los sesenta mil hombres de Lisias, acabaron esta gloriosa serie de sucesos, que dieron por resultado libertar á la triste Jerusalén.

Esta pobre ciudad estaba como un desierto. No se veía ya entrar ó salir de ella á ninguno de sus hijos; no se oía ya el sonido de la flauta ni del arpa; veíase el altar profanado, las puertas quemadas, el atrio lleno de abrojos (3). Todo fué purificado y restablecido, y el monte Sion, fortificado, pudo hacer frente á la fortaleza de Acra. En vano se reunieron ammonitas, árabes, pueblos de Galaad, de Ptolemaida, de Tiro y de Sidon; en vano Gorgias destruía algunos pelotones de israelitas; la espada de los Macabeos, de Júdas en Galaad, de Simon en Galilea, brillaba por todas partes invencible.

Antioco mismo, que quería precipitar su

(1) *Macabeos*, I. I.

(2) Todas estas palabras están literalmente sacadas del libro de los *Macabeos*.

(3) *Macabeos*.

carro sobre Jerusalén, sucumbió bajo la humillación de su enfermedad, y vió su sobrenombre de Epifanes reemplazado por el sobrenombre de *Epimanes insensato*.

Bajo Antioco Eupator (104) Lisias no fué más afortunado: los judíos publicaron que en la batalla les habían guiado personajes celestiales, lo cual aumentó el entusiasmo. En fin, cuando Júdas recobró la ciudadela de Jerusalén; cuando Antioco acudió con 110.000 infantes, 30.000 caballos, 32 elefantes y 300 carros armados de hoces, no fué sino á reconocer á Júdas Macabeo. Según la palabra de orden de los judíos, esta sorprendente victoria era *la victoria de Dios* (1).

La Siria, según se ve, se aniquilaba completamente. Cuanto más había descendido el trono de los seleucidas, tanto más se creían en estado de aparecer las más pequeñas ambiciones. Aquí Lisias, aprovechándose de la ausencia del hijo primogénito de Epifanes, Demetrio, que estaba en rehenes en Roma, había hecho proclamar á Antioco Eupator, niño de nueve años. Lisias y otro favorito, Filipo, se malquistaron en seguida, y de hecho Eupator no estaba bajo la tutela ni de Lisias ni de Filipo, sino bajo la de Roma.

Los pueblos veían su independencia aniquilada. Algunas veces un destello de resolución reanima algún tanto una escena envuelta entre sombras por la uniformidad de la servidumbre. El rehen de Roma, Demetrio, se escapó (162), mató á Lisias y á su hermano Eupator, y fué proclamado *Dios salvador (Soter)*. Había reducido á su obediencia á Babilonia, sublevada; empleó algunos esfuerzos contra la Capadocia, contra Pérgamo, contra Chipre, é hizo la guerra á los macabeos.

Un falso gran sacerdote, Alcimo, arrojado por Júdas, movió al seleucida á enviar á Palestina á Nicanor, que decía: «Arrasaré el templo, y en su lugar estableceré un altar á Baco» (2). En la batalla huyeron los sirios, y se encontró en el terreno el cadáver de Nicanor cubierto con sus armas. Los romanos recibieron entonces los embajadores del guerrero triunfante.

(1) *Macabeos*.

(2) *Macabeos*, I. I, c. VII, 25; I. II, c. XIV, 34.



Pero cuando le enviaban un tratado de alianza, el *fuerte de Israel* no existía ya; cercado, no vencido, había probado que *sabía morir valerosamente por sus hermanos y no manchar su gloria con ninguna afrenta*. El pueblo en su dolor cantó: «¿Cómo ha caído el invencible que salvaba á Israel?» (161) (1). Por lo demás, los amigos de Júdas se reunieron en derredor de Jonatás, que derrotó á los árabes, y peleando ó huyendo, no renunció jamás á sus laudables propósitos. No tardó en rechazar á los sirios hacia el desierto, fijó su asiento en un pueblo fortificado para juzgar á Israel. Los Macabeos eran como los enviados de Dios que habían precedido al reino de Saúl y de David; bien pronto fué disputada su alianza.

Demetrio Soter se perdió por sus vicios. La noche misma en que había huido de Roma fué necesario que Polibio le arrancase de la mesa (2); era incapaz de resistir á los desórdenes. Entre tanto el senado le guardaba rencor; los príncipes vecinos tenían que vengarse; Babilonia estaba siempre descontenta. De repente un joven pretendiente, Alejandro Bala, que se decía hijo natural de Antioco Epifanes, reunió esta oposición, y basado en ella, derrocó á Demetrio, que pereció con las armas en la mano. Inmediatamente después hizo asesinar á todos los seleucidas, á excepción de uno solo: dominado por un infame y cruel favorito, intentó envenenar al rey de Egipto, Ptolomeo Filometor, su antiguo aliado. Ptolomeo dió entonces su hija al hijo de Demetrio Soter, y Demetrio II ganó su sobrenombre de *Nicator*, arrojando al usurpador entre los árabes, en donde encontró la muerte (144).

Los judíos recobran por todas partes su influencia. El judío Jonatás sostuvo á Bala, mientras que un nieto del gran sacerdote Onías erigió un templo al verdadero Dios en la provincia de Heliópolis en Egipto; y el gran sacerdote de Jerusalén, sucesivamente amigo y enemigo de Demetrio, calma una sedición en Antioquía ó se declara contra él. La persecu-

(1) *Macabeos*, I. I, c. IX, 10-21; Prideaux, *Historia de los judíos*.

(2) Polibio, *Excerpt. leg.*; Diodoro.

ción ha dado extraordinarias proporciones á la raza de los Macabeos.

La Siria, por el contrario, agota sus fuerzas y vitalidad en luchas sin resultado. Un sátrapa, Diodoto Trifon, pone delante al hijo de Bala y le corona; pero el ambicioso no se contentaba con reinar bajo su pequeño «dios» Antiochos-Theos. Asesina desde luego á Jonatás y á sus dos hijos, el cuerpo del niño real le sirve de un nuevo escalón para subir al trono. Todo le salía bien; entonces aun Demetrio Nicator, que había ido á sublevar contra los partos á los griegos del Asia Superior, era retenido prisionero por Mitrídates, Pelasch I. Por lo demás, su cautiverio era benigno; el sirio, que había tomado por esposa una princesa arsacida, Rodoguna (1), vivía como sátrapa del gran rey en el fondo de la Hircania.

Entre tanto ocupaba la escena en Siria una mujer célebre. La primera esposa de Demetrio, Cleopatra, había dado su mano y el cetro al hermano del rey, Antioco Sidetes, y éste obligó al revoltoso Diodoto á arrojarle en una hoguera. Después, cuando Antioco Sidetes se preparaba á combatir á los partos, su nuevo monarca, Fraat, Firuz III, dió la libertad á Demetrio, que aprovechándose á la vez de los sucesos y de la muerte de Sidetes, recobró el poder y le aventuró de nuevo á las disputas de la familia egipcia. El hijo de un predero, Zebina, le reemplazó, y no tuvo mejor éxito (125). Entonces esta misma Cleopatra, que había ya hecho traición á Demetrio y á Antioco después de haberse casado con ellos, y que acababa de hacer asesinar á Demetrio, mata con su propia mano á su hijo primogénito, Seleuco. Presentaba también á su otro hijo, Antioco Gripo, una copa envenenada; pero éste la obligó á beber el veneno. Ante tantos crímenes y tal conjunto de horrores, es necesario apartar los ojos. La tentativa de Antioco de Cizico hace también verter sangre (2) (115).

(1) La tragedia de Corneille ha salvado de un completo olvido el nombre y las aventuras de Rodoguna, y esta particularidad es única, seguramente, en la historia de un seleucida.

(2) Apiano, *Guerras siríacas*, c. LXVIII.



Todos los pretendientes, todos los usurpadores, todos los que querían aumentar el desorden, tenían la seguridad de encontrar un cruel apoyo en el exterior. La Siria se agita y se revuelve en vano, y estas sangrientas convulsiones son para ella una larga y miserable agonía.

Y entre tanto la Judea había recobrado la independencia. El sucesor de Jonatás, Simon, que se alía á los sirios, á los persas, á los romanos, libre de todo tributo, arrasando la fortaleza de Acra, había sido proclamado en la asamblea general por todo el pueblo libertado, y se escribió, en el año 140, á la cabeza de los registros y de las tablas públicas: «El primer año, bajo Simon, gran pontífice, jefe y príncipe de los judíos.» El Senado le recomendó á todos los príncipes de Oriente.

Por desgracia, pasado el peligro y reconquistada la libertad, la familia de los asmoneos (1) se olvida de su origen, y no presentará más que un despotismo vulgar, ventilado entre partidos ó disputado por ambiciosos. La influencia romana entró en la Judea, aprovechándose de estas discordias y de estas funestas rivalidades; el interés de nacionalidad se extinguió al fin, y no se refugió en ninguna parte (2).

Aunque Egipto debe subsistir más largo tiempo, no tiene, sin embargo, mejores y más verdaderas condiciones de existencia. Se ha formado al mismo tiempo que la Siria; la misma suerte le está reservada, y ya le dirige el mismo brazo, le agitan las mismas convulsiones y le agobia el mismo desfallecimiento.

Desde el reinado de Ptolomeo V Epifanes, en la época de Antiocho el Grande, la invasión de los consejos romanos era irresistible, y las sublevaciones de las ciudades de Licópolis, de Sais, de Naucratis, las de los mercenarios etolios ú otras, aumentaban el mal (181). Después de él, la regencia de Cleopatra recobró un momento la paz en el interior y la dignidad en el exterior; pero es sabido que, cuando el sexto Ptolomeo Filometor (3) reinó por sí mismo, fué

(1) Asmoneos significa «grandes hombres.»

(2) Prideaux: *Historia de los judíos; Arte de computar las fechas*, t. II.

(3) Filometor, que ama á su madre.

necesario que un romano salvase á Egipto del conquistador sirio. Al retirarse Antiocho, dejó en pos de sí una cuestión de autoridad entre Filometor y su hermano Evergetes el Bienhechor, y el comisario romano decidió también soberanamente, concediendo á uno Egipto y Chipre, al otro la Cirenaica y la Libia. Evergetes hubiera querido tener, además, á Chipre y obtuvo en Roma la cesión de ella, que no pudo hacer ejecutar por las armas.

En todas las guerras del Asia, la política de Egipto contra Siria, así como la de Siria contra Egipto, y la de Roma contra las dos, es siempre la de favorecer los cambios políticos. Filometor protegió á los judíos, tomó parte unas veces en favor de Demetrio, otras por Bala. Conviene también hacer notar que en el tiempo en que la Siria no aceptaba más que el culto griego, el judío Onías dedicó á Jehovah el templo de Bubaste y que otras divinidades extranjeras recibían igualmente honores en algunos santuarios egipcios: Egipto se hacía tolerante (1).

Filometor, peleando contra Bala, había recibido una herida mortal; presentáronle la cabeza de su enemigo, y espiró contemplándola (144). Su hijo, el niño Eupator, sétimo Ptolomeo, apenas se dió á conocer, y aun su nombre era ignorado de los historiadores, cuando un contrato griego, recientemente publicado, ha venido á revelar (2). Ptolomeo VIII, también un Evergetes, llegó á tomar por esposa la viuda de su hermano, matar á su sobrino y repudiar á Cleopatra cuando usurpó el trono. Pretendió llamarse también el Bienhechor, pero se le dió el sobrenombre de *Malhechor*, (Kakergetes). También se le aplicó el injurioso nombre de *Fiscon barrigudo*, y él tomó el de *Filólogo*. De hecho reunía los libros y los sabios é imponía á las letras su tiránica protección. Alejandría le arrojó de su seno; volvió á ella al fin y murió.

Entonces en Egipto, del mismo modo que en Siria, pretende gobernar una mujer, una

(1) Diodoro, Visconti, *Iconografía griega*.

(2) Este contrato ha sido publicado en 1821 por M. Bockh; véase á Ptolomeo Eupator por M. Saint Martin, en la *Biografía universal*.



Cleopatra, y pretende gobernar por los más odiosos crímenes. Las dos Cleopatras, hermanas por la sangre y las costumbres, rivalizan en crueldades (117). Siria y Egipto, indiferentes á todos estos horrores, se preocupan únicamente de no oponerse á la voluntad de Roma (1). Sólo el pequeño pueblo de la Palestina conservaba una sombra de independencia. Había desde el principio hecho alianza con Roma: podía pues conservar esta alianza sin deshonorarse, y el *Libro de los Macabeos* indica bastante que esta gloriosa familia (2) había comprendido la parte providencial del papel que desempeñaba el senado. Habíase visto á un macabeo conducirse como árbitro entre los pretendientes seleucidas.

El rey de Egipto trató en vano de subyugar la Judea, y no procuró más que asesinar traidoramente á Simon y á sus hijos; Juan Hircan pudo escaparse de estos infames atentados. Antiocho Sidetes restableció sólo por un instante su supremacía en Jerusalén (130); volvió á levantar la cabeza sobre el campamento y recibió la sumisión de los samaritanos y de la Idumea. Después de Hircan (107), Aristóbulo, afirmado en la administración civil y en la dignidad de sacrificador, se atrevió á ceñir la diadema, pero degolló á su madre y á sus hermanos. El poder despótico de los asmoneos, que

(1) Champollion, Figeac, *Anales de los lagidas*.

(2) Makkabi, entre los persas quiere decir *bravos*: Isidoro de Sevilla.

comprometen las disputas de los fariseos y de los saduceos, no es ya la autoridad de inspiración que ejercieron los macabeos. Alejandro Janeo siguió sus huellas (106). Desde el momento en que la monarquía judía viene á ser poder humano, está sometida á la suerte de todas las monarquías humanas que Roma destruye y huella con sus piés. En Judea serán largo tiempo esclavos los reyes ántes que el pueblo reconozca la dominación extranjera (1).

El yugo romano se extiende nominalmente y de hecho sobre toda el Asia Occidental; los Estados nacidos del desmembramiento del grande imperio macedónico, caen en la servidumbre más completa. Bastará una sola palabra para aniquilar todos estos tronos griegos, deruidos por las más mezquinas ambiciones, é insostenibles sobre la movediza arena de las poblaciones de Asia ó de África.

Todo se debilita y sucumbe, y por otra parte no hay en estos países ninguna nacionalidad que se despierte y dé señales de vida, como no sea la nacionalidad judía. Para encontrar un resto de vitalidad y de existencia, es necesario encaminarse un poco más hácia el Oriente; es preciso buscar sobre las montañas de Armenia, en las fértiles campiñas del Ponto, ó al otro lado de los desiertos de los partos, las envejecidas independencias que una vez siquiera arrojaron el guante al coloso romano.

(1) Poirson, *Compendio de historia antigua*.